

Conclusión.

La recepción frecuente de la Eucaristía nos obliga a llevar una **vida santa**. No podemos nosotros, que recibimos a Jesús tan a menudo, vivir como los demás hombres. Hemos de llevar la misma vida de Jesús: «*Quien me come, vivirá mi misma vida*». Por eso:

- Ante todo, hemos de guardar, cueste lo que cueste, el estado de gracia santificante, que Jesucristo nos comunica por medio de este sacramento, y tratar de cultivarlo con la unión a Dios por la oración y los sacramentos.

- Luego, hemos de acordarnos de que la Eucaristía nos obliga a reproducir la pasión de Cristo, es decir, nos obliga a morir definitivamente al pecado, y a unir todos nuestros sufrimientos y sacrificios a los de Jesús.

- Finalmente, hemos de esforzarnos en vivir desde ahora una vida de ángeles, una vida que esté en consonancia con la gloria futura que Cristo nos promete, amando las cosas del cielo y aprendiendo a despreciar las de la tierra, donde sólo estamos de paso.

«Bésame con un beso de su boca», deseaba la Esposa del Cantar: la Iglesia, hasta entonces besada por boca de los patriarcas y de los profetas, desea ya que el mismo Dios en persona, haciéndose hombre, se llegue a Ella para unirse con El. Y por eso se alegra de verlo venir por fin: «Helo aquí que viene, saltando por los montes, brincando por los collados». Admiraremos los saltos del Verbo de Dios para unirse a nosotros: del seno del Padre salta al seno de María, de ahí a la Cruz, de la Cruz al sepulcro, del sepulcro al cielo; pero antes de dejarnos, inventa la manera de quedarse entre nosotros, no acertando a separarse de almas a las que mucho ama.

¡Cómo hemos de quedar asombrados de la maravillosa condescendencia de un Dios que, a pesar de tantas ingratitudes y ruindades como se encuentran en el mundo, quiere seguir presente entre nosotros! Celebremos, pues, alegremente la presencia de Jesucristo entre nosotros, y pidámosle la gracia de apreciar tan gran beneficio, aprovechándonos cuanto podamos del Sacramento de su Amor: «Oh Dios, que bajo este Sacramento admirable, nos dejaste el memorial de tu Pasión, concédenos, te rogamos, celebrar de tal manera los sagrados misterios de tu cuerpo y de tu sangre, que sintamos constantemente en nosotros el fruto de tu redención» (Colecta de la fiesta de Corpus Christi).

Que la Santísima Virgen nos ayude a comprender la grandeza de la Eucaristía: de la Misa y del Sacramento. ¿Queremos un secreto para asistir con gran fruto a la Santa Misa, para comulgar con fervor? Unámonos a Ella, pidámosle que nos preste sus sentimientos, los mismos que Ella tuvo cuando ofreció a su Hijo en el ara de la Cruz y cuando lo recibía en su pecho por la comunión de manos de San Juan. Sea Ella la maestra que nos enseñe a amar tan gran Sacramento.

Solemnidad de Corpus Christi

*Oh sagrado convite en que se recibe a Cristo:
se renueva la memoria de su Pasión;
se llena el alma de gracia,
y se nos da una prenda de la gloria futura.*

En las II^{as} Vísperas de la fiesta de Corpus Christi cantamos esta hermosa antífona, redactada (como todo el Oficio del Santísimo Sacramento) por Santo Tomás de Aquino, y cargada de significado teológico.

En efecto, Santo Tomás nos enseña en la Suma teológica (III, 60, 3) que todo sacramento, sobre todo el de la Eucaristía, es un signo sensible que significa nuestra santificación, en la cual podemos considerar tres cosas: 1º la **causa** misma de la santificación, que es la Pasión de Cristo; 2º su **esencia** misma, que es la gracia; 3º su **fin** último, que es la vida eterna.

Y así, la Sagrada Eucaristía es un signo **rememorativo** de la Pasión de Cristo; un signo **demostrativo** de lo que se realiza en nuestras almas por la Pasión de Cristo, a saber, la gracia; y un signo **preanunciativo** de la futura gloria. Consideremos, pues, cada uno de estos tres puntos.

1º La Sagrada Eucaristía, signo rememorativo de la Pasión de Cristo.

Es ésta una de las verdades fundamentales que se nos quiere hacer olvidar hoy, al presentarnos la Sagrada Eucaristía solamente bajo el aspecto de comunión o de cena. Sin embargo, la Sagrada Eucaristía debe ser apreciada y considerada también bajo otro aspecto, más importante, que es **el de sacrificio**. La Sagrada Eucaristía no es sólo una comunión al Cuerpo y Sangre de Cristo; es ante todo **la renovación incruenta del Sacrificio del Calvario**. Ambos aspectos son inseparables. Sin sacrificio no habría Sacramento: ya que Cristo se hace presente bajo las especies de pan y vino para ser inmolado. Asimismo, sin Sacramento no hay Sacrificio: porque, para que haya sacrificio, se requiere la presencia de la Víctima, y porque la integridad del Sacrificio exige la comunión a la Víctima bajo el aspecto de Sacramento.

*Y para mostrarnos de manera sensible la unión estrecha existente entre ambos aspectos, la Iglesia mantuvo siempre unidos el **sagrario** y el **altar**. Por desgracia, desde hace ya casi cincuenta años, se empezó a separar en las iglesias el **sagrario** del*

altar; el Santísimo, que antes tenía su trono solemne en medio de la iglesia, en el centro, donde todas las miradas lo veían al punto, ha sido relegado a un lado, a veces a un rincón, cuando no hay que volverse loco para tratar de localizar la lamparita que indica su presencia. Se ha querido olvidar que la Eucaristía es, ante todo y en primer lugar, **sacrificio**. ¿Cuál es la triste consecuencia de esto? Que una vez destruida la noción católica de la Misa, una vez perdida la idea de sacrificio, acaba incluso por perderse la noción de presencia real. Ya no se cree en la presencia eucarística; se la reduce a una simple presencia espiritual, a un simple recuerdo...

Es fundamental que comprendamos esta verdad: la Sagrada Eucaristía es Adoración, es Expiación de nuestros pecados, es Acción de gracias y es Súplica de todo cuanto necesitamos, porque es **Sacrificio**: el Sacrificio de Jesucristo, Dios hecho hombre, renovado cada día en los altares, para devolvernos la amistad de Dios y alcanzarnos los dones celestiales.

2º La Sagrada Eucaristía, signo demostrativo y causa de la gracia.

La Sagrada Eucaristía, en virtud de la Pasión de Cristo, aumenta y fortalece en nosotros la gracia santificante. Sin embargo, no lo hace como los demás sacramentos, en que se nos comunica una gracia creada; los supera en excelencia a todos, pues en él se nos comunica **al autor mismo de la gracia**. Y ¿qué gracia quiere concedernos Nuestro Señor al venir personalmente a nuestra alma? El Evangelio de la fiesta de Corpus nos lo manifiesta muy hermosamente. Nos dice en él Nuestro Señor:

• **«Mi carne es la verdadera comida, y mi sangre es la verdadera bebida»**. Es decir, del mismo modo que la vida corporal necesita de alimento, así también la vida espiritual. Pero lo que realmente es maravilloso, es que Jesucristo no se ha conformado con darnos cualquier tipo de alimento; El mismo ha querido ser el alimento de nuestras almas, el alimento de nuestra vida sobrenatural. Así lo manifestaron ya las figuras de la Sagrada Eucaristía en el Antiguo Testamento, siendo cuatro las principales, todas ellas bajo la forma de alimento: 1º el árbol de la vida; 2º el sacrificio de Melquisedec; 3º el maná; 4º el cordero pascual. Y del mismo modo que en la vida corporal «el alimento sustenta, acrecienta, restaura y deleita», como lo señala Santo Tomás, así Nuestro Señor Jesucristo quiere, por medio de este sacramento, **sustentar** nuestra vida sobrenatural para que no perezca, **acrecentarla** para que se desarrolle, **restaurarla** para devolverle las fuerzas que pudo perder por el pecado, y **deleitarla** para llenarnos de gozo y de amor de Dios.

• **«Quien come mi carne y bebe mi sangre, permanece en Mí y Yo en él»**. Es decir, si Nuestro Señor quiere ser nuestro alimento, es para unirse a nosotros, y para unirnos a El. El fruto propio de este sacramento es la **unión a Jesucristo**, y la **unión entre todos los fieles**. ¿Por qué? Porque en este sacramento Nuestro Señor realiza y perfecciona nuestra incorporación a El, como nos lo había enseñado ya: «Yo soy la vid, vosotros los sarmientos». Por eso, en la Secreta de la Misa de la fiesta de Corpus Christi, la Iglesia pide a Dios el don de la unidad: «Concede propicio, Señor, a tu Iglesia las dones de la unidad y de la paz, místicamente representados por los dones que te ofrecemos».

• **«Así como vive el Padre que me envió, y Yo vivo por el Padre, así el que me come, también vivirá por Mí»**. En efecto, si Nuestro Señor quiere unirnos a Sí, es para hacernos vivir de su vida, es para **ser nuestra vida**: «Para mí vivir es Cristo»; es para **transformarnos en El**. «El unigénito Hijo de Dios –dice Santo Tomás en los Maitines del día de Corpus–, queriendo hacernos partícipes de su divinidad, tomó nuestra naturaleza, para que siendo hombre, hiciese a los hombres dioses». Y para ello, sigue diciendo Santo Tomás, «se entrega como rescate por nosotros en la cruz, y como alimento en la Sagrada Eucaristía». De modo que, por medio de la Sagrada Comunión, Nuestro Señor viene a establecer en nuestras almas: • una **comunión de vida**: poseemos, realmente y sin figura, la vida misma de Cristo; • una **comunión de misterios**: Nuestro Señor nos hace participar a todos los estados de su vida mortal, y apropiarnos de su virtud propia, para que continuemos reproduciéndolo en nosotros; • una **comunión de sentimientos**: dándonos una perfecta conformidad de miras, de juicios, de voluntades, de sufrimiento, de acción; • una **comunión**, en definitiva, de lo que Jesucristo tiene de más íntimo: su cualidad de Hijo de Dios.

3º La Sagrada Eucaristía, signo preanunciativo de la futura gloria.

Esta unión que Jesucristo contrae con nosotros por la Eucaristía no desaparece al dejar de existir las especies sacramentales de pan y vino, sino que debe durar por toda la eternidad. La Sagrada Eucaristía comunica a nuestras almas **una vida divina e inmortal**, que nos hará vivir por siempre, y que pone ya en nuestro mismo cuerpo una semilla de la resurrección gloriosa: «*Quien come mi carne y bebe mi sangre, tiene la vida eterna, y Yo lo resucitaré en el último día*».

Si, de hecho, esta unión se interrumpe, es sólo por culpa nuestra, pues Dios nos da por su parte cuantas gracias son necesarias para que esta unión sea perpetua. En efecto, por este Sacramento Jesucristo nos da fuerzas para evitar el pecado y nos preserva de las culpas; sustenta y fortalece la vida de la gracia para que dure siempre; y nos une a Sí para que lo poseamos ya en esta vida como los bienaventurados lo poseen en el cielo.

De modo que un mismo manjar da Dios a los santos del cielo y a los hombres en este valle de lágrimas, pero guisado y acomodado al estado de cada uno. Ese manjar único es la **divinidad y humanidad de Cristo**, que los bienaventurados ven claramente, y en las que se embriagan y encuentran toda felicidad; y que también a nosotros se nos entrega en este sacramento, pero acomodado a nuestro estado de viandantes, a saber, debajo del velo y oscuridad de la fe.

Nuestro Señor lo ha prometido: «*Quien come mi carne y bebe mi sangre, vivirá eternamente*». Por eso, el alma que recibe frecuentemente a Jesús en la Comunión, que se prepara para recibirlo fervorosamente, y que, alimentada por este manjar, lleva una verdadera vida cristiana, está moralmente segura de su eterna salvación, pues por medio de este sacramento recibirá las fuerzas necesarias para vencer todo obstáculo y franquear felizmente las puertas de la eternidad. Y allá, en el cielo, se consumará la unión definitiva y total del alma con Jesucristo, unión comenzada ya en esta vida por medio del sacramento de la Eucaristía.